

Afrocubanas en el arte lírico: historias, coincidencias y realidades

Yoslainy Pérez Derrick

Soprano

Licenciada en canto lírico en el Instituto Superior de Arte (ISA)

La Habana, Cuba

El arte lírico va más allá de cantar: requiere preparación, dedicación, entrega desmedida, sobre todo de condiciones vocales que marcan la diferencia con relación al canto popular. No quiero decir que éste no demande también ciertas condiciones vocales; solo que el arte lírico exige, además, la memorización de extensos textos, no siempre en lengua materna, lo cual obliga al cantante a tener al menos un mínimo conocimiento de la fonética de varios idiomas para respetar el principio de conservación del lenguaje original en que fue concebida la obra. Esto facilita o abre las puertas al intercambio cultural, con cantantes de varias nacionalidades compitiendo el mismo escenario en cualquier parte del mundo.

A Cuba llegó también la dicha de tan refinado género y muchos los cubanos han entregado por entero sus vidas en diversos

escenarios nacionales y extranjeros para deleitar a cada espectador con tan preciado y hasta codiciado don.

Hoy en día hay quienes piensan que este arte consiste en gritar, pero al escuchar un *Ave María* de Schubert, interpretado con maestría y devoción, ni aún el más introvertido, el de corazón más duro, el inmovible e insensible ser humano que pueda existir sobre la tierra, puede impedir que las lágrimas broten de sus ojos.

Pero, ¿qué hay con los ejecutantes, aquellos que con tan solo emitir un sonido devuelven el amor y la sensibilidad al alma desahuciada? Quiero referirme a las mujeres afrocubanas, que hicieron carrera e historia y apenas son mencionadas o recordadas, no sólo por su talento, sino también por el valor de seguir adelante, abriéndose camino para hacer realidad sus sueños, que no ha sido más que su

realización profesional, a pesar de ser rechazadas en su tierra natal, esa que se enorgullece de ser democrática y socialista, pero que en sus entrañas conservan todavía sentimientos y actitudes racistas y excluyentes.

¿Acaso en la historia del arte lírico cubano se tiene en cuenta a todos los que fueron el cimiento de la estructura y conocimiento para dejar legado y mantenerlo vivo hasta nuestros días? Estoy segura que ni tan siquiera en la enseñanza del arte lírico de ésta nación hay una asignatura que hable específicamente de cada uno de los que pusieron su granito de arena; es más, me atrevería a asegurar que, de hablarse de este tema, sólo se mencionaría a algunas figuras meritorias, pero sin incluir a los afrocubanos y afrocubanas que dejaron su impronta en cada representación.

En una isla donde las voces más desarrolladas o fáciles de encontrar son las sopranos y las más escasas, las mezzosopranos, por este clima tan húmedo y caluroso, hay cantantes de este último registro y de raza negra, pero sin que se haga alusión alguna a ellas:

María Julia García Ramos, cantante y pedagoga que cursó estudios en el conservatorio Amadeo Roldán y se especializó en Bulgaria. Alumna predilecta de Zoila Gálvez. Contaba con amplio repertorio operático de autores preclásicos, románticos y contemporáneos, así como de zarzuelas y canciones líricas y de concierto. Se presentó en las salas y teatros más importantes de Cuba, Europa y Latinoamérica.

María Lourdes García Sánchez, excelentísima cantante con estudios en Cuba y el exterior. Incluyó en su repertorio a músicos reconocidísimos como Juan Espinosa y Ha-

rold Gramatges. Se especializó en la interpretación de obras de Wolfgang Amadeus Mozart, Frank Schubert y Robert Schumann. Llevó al escenario óperas como *Madame Butterfly*, *El Barbero de Sevilla*, *Rigoletto*, *La Traviata*, *El Trovador*, *Cavallería Rusticana* y otras, en las cuales demostró su refinada y exquisita línea de canto combinada con magnífica actuación dramática.

Tal vez de estas dos mezzosopranos no se hace mucha fanfarria, pero sus carreras fueron espectaculares y en cada actuación lograron el mejor premio: la rotunda e incesante ovación de un público exigente y conocedor de este género. Y como vivencia y recuerdo tengo la dicha de haber compartido el escenario, como integrante de coro del Teatro Lírico Nacional, con María Lourdes García, como una de las solistas principales de *Cavallería Rusticana* en actuación imborrable. Entre las sopranos se pueden mencionar:

Alina Sánchez Rodríguez. Una de las grandes intérpretes de la zarzuela *Cecilia Valdés*, de Gonzalo Roig. Fundó (1986) y dirigió el Estudio Lírico de las Artes Escénicas. En el Festival Cervantino de Guanajuato (México, 1975) mereció elogio de la crítica como «soprano de inmensas posibilidades. Al precioso timbre de su voz, una técnica perfecta, un temperamento expresivo que impresiona favorablemente a su auditorio». Entre muchos premios y reconocimientos, fue reconocida como la mejor intérprete femenina en el I Festival de Teatro de La Habana (1980).

Linda Mirabal Jean-Claude. Voz privilegiada que ha mostrado sus virtudes interpretativas en reconocidas plazas nacionales e internacionales. Alternó el canto con la ejecución instrumental (oboe) junto a Margarita Horruitiner y Zola Gálvez.



Cincuentenario del teatro Lírico Nacional Cubano

Maida Galano. Estudió piano, dirección coral, armonía e instrumentación. Desde el 2000 imparte clases de técnica y repertorio a jóvenes valores (cantantes y pianistas) en Madrid.

¿Qué hay con las que comenzaron esta carrera antes de 1959, aquellas con sangre y estirpe valiente como Mariana Grajales, que no se dejaron amilanar por ser negras?

Hortensia Verónica Coalla Raveiro (La Habana, 9 de julio de 1907- Miami, 21 de julio del 2000). Soprano y pianista a quien Ernesto Lecuona identificó como “La voz más bella de Cuba”. Sus portentosos agudos impresionaron y conmovieron a públicos de Cuba y el resto de América Latina. Una de las primeras artistas hispanoamericanas entrevistada por *The Miami Herald* y acreedora de dos trofeos OTTO [en honor del actor Otto Sirgo] por su triunfal carrera artística. Tanta gloria se lo debe a su perseverancia e interés de perfeccionarse. Compartió varias veces el escenario con el tenor Miguel de Grandy, fue acompa-

ñada por la Orquesta Sinfónica y Filarmónica de la Habana, cantó con La Banda del Estado Mayor del Ejército —dirigida por Luis Casas Romero— para las emisoras COCO y CMCK, y se estrenó *El cafetal* en CMQ al inaugurarse la televisión en Cuba. Su trayectoria fue larga y no toda se plasme en los libros.

Josefina Zoila Gálvez Pérez (19 de marzo de 1889 – 26 de Noviembre de 1985) Soprano y pedagoga. Por sus cualidades vocales fue enviada a estudiar en 1920 a la Academia Santa Cecilia (Milán, Italia). Para perfeccionar su técnica vocal y conservar sus facultades viajó también a Francia, España y los Estados Unidos. Soprano de coloratura, reconocida en escenarios de tradición del género lírico. Calificada por la crítica especializada (*El Piccolo*, Roma, 1922) como voz emotiva con riqueza de matices: «Canta y su voz es una onda maravillosa de ondas cálidas y apasionadas. Es una verdadera artista que arrastra al público al más caluroso entusiasmo». La

referencia más meritoria aparece en el *Diccionario de mujeres notables en la música cubana*, de Alicia Valdés, como «una de las cantantes líricas más relevantes de nuestra época cuya voz trascendía las fronteras para elevarse universalmente cuando hacerlo era una proeza, pues no existían las condiciones sociales para una mujer de raza negra».

Para apreciar la belleza artística necesitamos ir más allá de la gama del arco iris; entonces, ¿por qué tanto racismo? ¿Es que ser negra es un pecado? ¿O significa no tener inteligencia suficiente para dedicarnos a otra cosa que no sea el trabajo duro y esclavo o a la servidumbre? Solo Dios sabe lo que esta mujer sufrió para lograr sus metas, cuando decidió ser miembro y fundadora del Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos de México, la Sociedad de Estudios Afrocubanos de La Habana y el Instituto Cubano Puertorriqueño de Cultura. El tiempo pasa, pero las historias se repiten, sólo cambian de nombre, por ejemplo:

Yolanda Hernández. Soprano que estudió canto piano y percusión. Fundadora del Teatro Lírico Nacional de Cuba. Empezó cantando en el coro y debutó con el papel principal de la ópera *Halka* en su estreno absoluto (1970) en Cuba y América. Su extensa trayectoria pasa por: *Aida*, *Macbeth*, *El Trovador*, *Tosca*, *La Bohème*, *Turandot* y otras, además de repertorio de concierto de compositores cubanos y extranjeros. Su bibliografía no incluye todos los obstáculos que tuvo que vencer para llegar a ese peldaño que ni el racismo ni la envidia pudieron impedir que alcanzara. Ella también fue víctima de los azotes solapados de esta sociedad, pero no se dejó aplastar y el mundo la reconoce como una soprano de voz encantadora y cautivadora. Ella no sólo puso en alto a Cuba en los más prestigiosos teatros de diversos continentes, sino que tam-

bién demostró, con su entrega y dedicación, que el arte lírico no tiene color.

Todas estas mujeres afrocubanas, con historias diferentes, distantes en el tiempo, coinciden en que tuvieron la posibilidad de perfeccionar sus estudios de técnica vocal en el exterior y, a pesar de tantos desprecios, han regresado a compartir vivencias y su talento en la tierra natal.

Pero la realidad es otra. Hay muchas historias de muchos artistas talentosos y esforzados que no reciben el espacio y reconocimiento que merecen, historias que no han sido reveladas porque no han tenido la posibilidad de ser escuchadas ni la atención necesaria por las autoridades e instituciones responsables.

Se hace difícil obtener una plaza en el Instituto Superior de Arte (I.S.A.) para licenciarse en Canto Lírico y se sufre un calvario para entrar en una escuela de música de nivel elemental. Aun con la plaza anhelada, en el transcurso de la enseñanza aparecen como por arte de magia todo tipo de adversidades para limitar el desarrollo de los artistas en formación. Una vez graduados del I.S.A., las posibilidades de optar por maestrías son nulas y lo mismo sucede con la superación profesional en el exterior: los afrodescendientes estamos siempre en total desventaja.

¿Y qué decir de los concursos, donde los premios ya tienen nombre desde el día de la inscripción? En la compañía del Teatro Lírico Nacional, en la cual he trabajado por diez y seis años como integrante del coro, resulta muy difícil conseguir roles de solista y protagónicos, a pesar del talento demostrado y los conocimientos de arte. Los papeles principales están previamente destinados a un elenco inamovible y por ello muchos cantantes de probada calidad no pertenecen a la compañía.

La demanda permanente e insatisfecha es hacer justicia y brindar espacio a quien tenga

talento y pueda interpretar un papel protagónico sin importar el color de su piel. Aun los graduados de nivel superior enfrentamos grandes obstáculos para interpretar hasta obras tradicionales cubanas que reflejan los conflictos sociales de la época esclavista. Lamentablemente, hemos heredado los conflictos de aquella época. ¿Por qué no se permite interpretar ni siquiera los personajes de los negros, aunque de nacimiento lo somos? Si para esos personajes no somos negros y tampoco podemos hacer los personajes de los blancos, ¿de qué color somos y qué podemos hacer?

Los grandes compositores cubanos del siglo pasado que incursionaron en el arte lírico, como Ernesto Lecuona, Rodrigo Prats, Gonzalo Roig, eran de piel blanca y poseían sólida formación académica, pero recogieron en sus obras el espíritu y la tradición musical folklórica y afrocubana para trascender como clásicos de nuestra cultura. Tanto así que no excluyeron a nadie en sus obras y trabajaron con varias de las cantantes negras antes mencionadas por su talento. Lo más triste de todo no es lo que sucede sino dónde, pues los foráneos no entienden que en Cuba haya tal tendencia racista, siendo socialista.

Aquí es donde único no podemos hacer los personajes protagónicos de las óperas y ni hablar de las zarzuelas españolas, porque no tarda en salir la expresión: ¿cuándo se ha visto un negro español o una negra cantando ópera? Hay miles de preguntas tan absurdas como éstas, sin atender a que Shirley Berret, Leontyne Price, Leona Mitchel, Jessie Noman y otras han hecho exitosas carreras y compartido los más encumbrados escenarios con figuras como Luciano Pavarotti, a quien no importó el color de la piel, sino las cualidades vocales y profesionalidad.

El arte no tiene fronteras y, al igual que Dios, no excluye a nadie. No se puede hablar

de arte cuando no hay equidad ni justicia. No se puede hablar mucho menos del desarrollo del arte lírico excluyendo no solo mujeres, sino también a hombres de la raza negra que dejaron grato y emotivo recuerdo de cada presentación y aún siguen luchando.

Es hora de eliminar ese absurdo y subdesarrollado pensamiento de que los negros somos inferiores a los blancos y no podemos desarrollarnos ni como cantantes líricos ni en ninguna otra profesión noble. Los que gozan de privilegio no deben seguir utilizando el color de la piel como justificación por temor a perder el lugar que ocupan o la popularidad y la aceptación de una mayoría que paga una entrada para ver una buena puesta en escena.

Cada cuerpo ocupa un lugar en el espacio y cada uno de nosotros queremos ocupar el lugar que nos corresponde en la profesión que ejercemos, muy lejos de la errónea idea de quitarle el lugar a nadie. Este arte tan difícil exige talentos, pero también variedad. En el cine se han hecho versiones de una misma película con otros actores, simplemente porque la rutina conduce al cansancio, al aburrimiento y al abandono incluso de lo que nos gusta. No necesitamos ir hasta África para poder cantar óperas: Pavarotti compartió escenarios con cantantes negras en conciertos y puestas en escenas. La realidad es que “en la variedad también está el éxito”.

Los afrocubanos, los afrodescendientes o los negros, como nos quieran llamar, tenemos la capacidad, la vocación, el conocimiento, el talento y el deseo de cantar este género tan difícil como el arte lírico. ¡No teman, no somos una plaga! Somos seres humanos con las mismas aspiraciones, sueños y deseos de hacer algo afín a nuestro intelecto. No mordemos. Sólo queremos ser escuchados; ¡denos un chance!